



BOLETÍN DEL CLERO

DEL

OBISPADO DE LEON

Los obreros de las distintas naciones convencidos del amor paternal hacia los mismos del padre común de los fieles, bien claramente manifestado en su admirable Encíclica *De conditione opificum*, en la que explica por modo maravilloso los deberes y derechos de los obreros y proletarios, así como de los patronos y personas ricas y opulentas, han acudido á Roma durante el jubileo del gran pontífice reinante León XIII para consolarle en su triste situación de prisionero dentro de los muros del Vaticano, y manifestarle su inquebrantable amor y veneración hacia su sagrada persona, su inseparable adhesión á la doctrina de Jesucristo de quien es vicario y su firme resolución de conservar en toda su pureza la fé tal y como la han recibido de la santa Iglesia católica, apostólica, romana, de la cual él es el jefe y supremo pastor infalible. Conocido es también el deseo del sumo pontífice de ser visitado por los obreros españoles á quienes ama con la ternura del mejor de los padres y por esta razón el Excmo. Sr. Arzobispo de Valencia con los prelados que asistieron en Noviembre último al congreso eucarístico celebrado en aquella ciudad, así como todos los demás obispos españoles tienen el mayor interés en fomentar con todas sus fuerzas esta peregrinación en la que toma-

rán parte algunos prelados y otras personas eclesiásticas y seculares, sin que por esto deje de tener el carácter de peregrinación de obreros, porque obreros serán en su inmensa mayoría los que la compongan. Con este fin hemos creado una junta diocesana encargada de promover la peregrinación á Roma y recomendamos al clero de nuestra Diócesis dé á conocer á los fieles la circular de dicha junta que va á continuación, así como las demás que vaya dando con igual objeto.

Nos consta la piedad, religiosidad y amor de nuestros Diocesanos al vicario de Jesucristo nuestro amantísimo padre el Papa León XIII, que con sin igual celo, prudencia sabiduría y santidad rije la Iglesia de Dios; pero nos consta también la gran dificultad y hasta la imposibilidad con que han de tropezar la mayor parte de los obreros de esta diócesis para tomar parte en esta peregrinación, á la que se unirían con gran gozo de su alma, por falta de los recursos necesarios para efectuarla. La carencia de metálico es obstáculo insuperable y por lo mismo los obreros que cuenten con los medios pecuniarios para hacer este viaje á Roma y ver y saludar á nuestro santísimo padre y oír de sus labios las palabras de salud y vida eterna, así como los verdaderos medios empleados por él para mejorar su triste situación y labrar su bienestar posible en esta vida, deberán hacer este viaje, porque pequeño es el sacrificio, si se compara con la dicha inefable de ver al representante de Dios en la tierra, al padre común de los fieles que lo es muy particularmente de los obreros, de los afligidos y de los pobres.

A fin de coadyuvar por nuestra parte á este nobilísimo fin, costearemos el viaje de ida y vuelta desde esta ciudad á Roma á diez jornaleros que por sus circunstancias se hagan acreedores á esta gracia.

León 24 de Enero de 1894.

† EL OBISPO.

JUNTA DIOCESANA

para promover la peregrinación á Roma.

LEÓN.

—

Hay, desgraciadamente, no pocas personas que, con abrumadora insistencia y con infatigable afán—digno de mejor causa—se ocupan, desde hace mucho tiempo, y cada día con más ahinco, en la desdichada tarea de arrancar de los corazones de los hombres, no solo sus creencias cristianas sino también sus sentimientos de amor, de paz, de orden y de justicia.

Nuevos *apóstoles* de una vergonzosa idea que ha llevado ya la perturbación al seno de muchas familias y que ha conmovido profundamente á la sociedad, no se dán por satisfechos con los desastrosos resultados que han obtenido y continúan todavía, sin tregua ni descanso, su obra de destrucción; haciendo conquistas en todas las clases sociales, pero dirigiéndose, preferentemente á los obreros, á quienes fascinan con ridículas promesas, que por otra parte, son de todo punto irrealizables.

Los *pseudo-redentores* del siglo diez y nueve hablan á la clase obrera de liquidación social y de igualdad, haciéndola entender que, mediante ellas, será feliz y dichosa y sacudirá el yugo de la esclavitud que tiránicamente pesa sobre ella; y los procedimientos á que apelan para realizar sus aspiraciones son, de un lado las repetidas huelgas que llevan la escasez y la miseria al hogar del obrero, y de otro, las infernales bombas de dinamita que, á más de sembrar el mundo de cadáveres, conduce á los que las manejan á expiar sus crímenes en el cadalso y bajo la presión de la argolla.

Tales son los desventurados y funestos frutos que, en definitiva, brinda la *nueva doctrina* que se trata de aclimatar en nuestro suelo: *doctrina* insensata que llama tiranía insoportable á la obligación que los obreros, al igual que los demás ciudadanos tienen de respetar los derechos ajenos: *doctrina* que pretende librar á la clase obrera del honroso deber que tiene de amar á su familia y á su patria: *doctrina*, en fin, que ataca y niega todas las ideas y todos los sentimientos que ennoblecen al hombre, que le dignifican y que le distinguen de los brutos.

Nadie es más amante de la clase obrera que la Iglesia fundada por nuestro Redentor, sobre la sólida base del amor y de la caridad: nadie se afana por el verdadero bien y por la verdadera dicha del obrero como el Vicario de Cristo en la tierra: nadie muestra tanto interés, ni despliega tanta solícitud, ni atiende con tanta ternura á las clases desvalidas como el Padre Común de los fieles, único capaz de resolver debidamente el pavoroso problema social, que de modo tan serio amenaza al porvenir de las naciones.

Por eso Nuestro Santísimo Padre León XIII que actualmente rige, con providencial acierto, los destinos del mundo católico, ha querido que las clases obreras, á quienes distingue por modo singular, se acerquen al Vaticano para que allí y de sus propios labios, oigan lo que les importa saber si aspiran á ser útiles á su familia, á su patria y á su Dios, sobre todo.

Por eso el Sumo Pontífice ha acogido con tanta complacencia la idea de una peregrinación obrera á Roma que, según ha asegurado, la considerará como hermosísimo florón que sirva de digno remate á sus fiestas jubilaires.

Por eso los que suscriben, designados por el Excmo. é Ilustrísimo Sr. Obispo de la Diócesis para constituir la Junta de la peregrinación á la Ciudad Santa, estimulan, por medio de esta Circular, á cuantas personas sientan en su corazón el fuego de la fé cristiana, el deseo del orden social y el amor á su patria, para que asociándose á la idea de la peregrinación citada—que tendrá lugar á mediados del próximo mes de Abril, y de cuyos detalles referentes al coste y modos de hacer el viaje, se dá cuenta por separado—secunden las nobles aspiraciones y el ardiente anhelo del Sumo Pontífice y el de nuestro Reverendo Prelado, bien asistiendo á aquella, ó ya contribuyendo con limosnas ó donativos para que puedan hacerlo los obreros que ellos designen, ó los que el Excmo. Sr. Obispo indique.

Por esto, en fin, los firmantes de esta Circular encarecen á los señores curas de la Diócesis, y señaladamente á los encargados de parroquias que gestionen cuanto les sea posible, en lo que se refiere al asunto de que queda hecho mérito, dignándose dar cuenta al Muy Ilustre Sr. Dean de la Santa Iglesia Catedral y Presidente de esta Junta, así de los sujetos que se inscriban

para la peregrinación, como también de las cantidades que para el objeto indicado se les entreguen, ó quieran mandar.

Confiando esta Junta en que responderá V. al llamamiento que, con tan noble propósito se le hace, anticipa á V. las gracias, y tienen el gusto de ofrecerle el testimonio de su consideración sus afmos. SS. SS. q. b. s. m.—*Lic. Ramón del Busto Valdés, Deán* —*Lic. Rufino Barthe Vigil.*—*Dr. Vicente Silva Diez, Arcediano.*—*Cecilio Diez Garrote.*—Por acuerdo de la Junta, *Lic. Javier Zunda, Secretario.*

CARTA ENCICLICA

DE NUESTRO SANTÍSIMO PADRE LEÓN XIII
sobre el estudio de la Sagrada Escritura

—=—

(CONTINUACIÓN.)

Nadie, en efecto, ignora y á Nós es grato recordar que Nuestros predecesores, desde Pio IV á Clemente VIII, ordenaron la publicación de notables ediciones de las versiones antiguas, entre ellas la de Alejandria y la Vulgata. Las que se publicaron seguidamente de orden y bajo la autoridad de Sixto V y del mismo Clemente son, hoy día, de uso general. Se sabe que en esta época fueron editadas, al mismo tiempo que otras versiones de la Biblia, las Biblias polígotas de Amberes y de París, muy bien dispuestas para la investigación de su sentido exacto.

No hay un solo libro de los dos Testamentos que no encontrara entonces un hábil intérprete; ni existe cuestión alguna relacionada con este asunto, que no ejercitara con fruto el talento de muchos sabios, entre los que, cierto número sobre todo, los que estudiaron más á los Santos Padres, adquirieron un renombre notable.

Desde esta época no ha faltado el celo á Nuestros exégetas. Hombres distinguidos han adquirido grandes méritos por sus estudios bíblicos y por sus defensas de la Sagrada Escritura contra los ataques del racionalismo, sacados de la filología y de las ciencias análogas, y que aquellos han rechazado sirviéndose de argumentos del mismo género.

Todos los que sin prevención examinen esta rápida reseña, Nos concederán ciertamente que la Iglesia no ha carecido jamás de previsión; que siempre ha hecho correr hacia sus hijos las fuentes saludables de la Divina Escritura; que siempre ha conservado este auxilio, para cuya guarda ha sido propuesta por Dios, y que lo ha fortificado por medio de todas suertes de trabajos, de tal modo que no ha tenido jamás, ni tiene ahora, necesidad de ser excitada en semejante tarea por hombres que la son extraños.

El plan que Nos hemos propuesto exige que Nós os hablemos de lo que parece útil al buen régimen de estos estudios. Pero importa, ante todo, examinar qué hombres Nos ponen obstáculos y á qué armas y procedimientos recurren para ello.

Antiguamente la Santa Sede tuvo que habérselas con los que, apoyándose en su juicio particular y repudiando las diversas tradiciones y la autoridad de la Iglesia, afirmaban que la Escritura era la única fuente de la revelación y el Juez Supremo de la fe.

Ahora Nuestros principales adversarios son los racionalistas, que, hijos y herederos, por decirlo así, de aquellos otros hombres de quienes más arriba hablamos, y fundándose igualmente en su propia opinión, rechazan abiertamente aun aquellos restos de fe cristiana aceptados por sus predecesores.

Ellos niegan, en efecto, toda inspiración; niegan la Escritura; proclaman que todos esos sagrados objetos no son sino invenciones y artificios de los hombres, y miran á los Libros Santos, no como el relato fiel de acontecimientos reales, sino como fábulas ineptas y falsas historias. A sus ojos no han existido profecías, sino predicciones forjadas despues de haber ocurrido los acontecimientos, ó bien presentimientos producidos por causas naturales; para ellos no existen milagros verdaderamente dignos de este nombre, manifestaciones de la omnipotencia divina, sino hechos asombrosos que no traspasan en modo alguno los límites de las fuerzas de la Naturaleza, ó más bien *ilusiones* y mitos, y que, en una palabra, los Evangelios y los escritos de los Apóstoles no han sido escritos por los autores á quienes se atribuyen.

Para sostener tales errores, gracias á los que creen poder

anonadar á la santa verdad de la Escritura, invocan las decisiones de una nueva *ciencia libre*; pero estas decisiones son por otra parte, tan inciertas á los ojos de los mismos racionalistas, que con frecuencia varían y se contradicen en unos mismos puntos.

Y mientras estos hombres juzgan y hablan de una manera tan impía respecto de Dios, de Cristo, del Evangelio y del resto de las Escrituras, no faltan entre ellos otros que quieren ser considerados como cristianos, como teólogos y como exégetas, y que bajo un nombre honrosísimo ocultan toda la temeridad de un espíritu lleno de insolencias.

A estos tales puede agregarse otro grupo de hombres, que persiguiendo el mismo objeto, les ayudan cultivando otras ciencias con el mismo espíritu de hostilidad hacia las verdades reveladas que les impulsan del mismo modo á atacar á la Biblia.

Nós no sabríamos deplorar demasiado la extensión y la violencia que de día en día adquieren esos ataques. Se dirigen contra hombres instruídos y serios, que pueden defenderse sin gran dificultad; pero se dirigen principalmente contra la multitud de ignorantes, sobre la que obran de mil maneras y con diversos procedimientos Nuestros enemigos más encarnizados.

Por medio de libros, de opúsculos y de periódicos propaga un veneno mortífero, que en reuniones y por medio de discursos lo infiltran más todavía. Todo lo han invadido: ellos poseen numerosas escuelas arrancadas á la Iglesia, y en las que depraban miserablemente, hasta por medio de sátiras y burlas chocarreras, las inteligencias aun tiernas y crédulas de los jóvenes, excitando en ellos el desprecio hacia la Sagrada Escritura.

En todo esto hay, Venerables Hermanos, hartos motivos para excitar y animar el celo común de los Pastores; de tal modo, que á esa ciencia nueva, á esa falsa ciencia, se oponga la doctrina antigua y verdadera que la Iglesia ha recibido de Cristo por medio de los Apóstoles, y que en este combate tomen parte en todo el mundo hábiles defensores de la Sagrada Escritura.

Nuestro primer cuidado, por lo tanto, debe ser éste: que en los Seminarios y en las Universidades se enseñen las Divinas Letras, punto por punto, como lo piden la misma importancia de esta ciencia y las necesidades de la época actual.

Por esta razón, vosotros debéis emplear la mayor prudencia en la elección de los profesores; para este cometido importa, efectivamente nombrar, no á personas vulgares, sino á los que se recomienden por un grande amor y una larga práctica de la Biblia, por una verdadera cultura científica y, en una palabra, por hallarse á la altura de su misión.

No exige menos cuidado la tarea de aquellos que después han de ocupar el puesto de éstos. Nos place que en todos aquellos puntos donde sea posible se escoja, entre los discípulos que hayan recorrido de una manera satisfactoria el ciclo de los estudios teológicos, un número determinado que se aplique por completo para adquirir el conocimiento de los Libros Santos, y la posibilidad de dedicarse á trabajos más extensos.

(Se continuará.)

SUSCRIPCIÓN abierta en el Obispado de León para atender á las apremiantes necesidades de la Santa Sede.

	<u>Rs.</u>	<u>Cs.</u>
<i>Suma anterior</i>	5670	40
El Párroco de San Juan de Renueva.....	20	»
El Párroco de Cabreros del Rio.....	10	»
D. Gregorio Baró.....	2	»
» Juan Fernández.....	2	»
Recogido en el cepillo de la Iglesia de id.....	1	60
Una persona adicta á la Santa Sede.....	70	»
El Párroco de Cifuentes.....	20	»
Un afecto á Su Santidad, de Villanueva de abajo.....	20	»
El Párroco de Trobajo del Cerecedo.....	20	»
El Párroco de Valdespino Cerón.....	12	»
El Párroco de S. Pedro de Matanza.....	10	»
Las Religiosas del Convento de Villalobos.....	20	»
<i>Suma</i>	5878	»